

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 3 – 17 de noviembre de 2017

Cínicos o idiotas

Emilio Álvarez Frías

Lo cierto es que cada vez se va entendiendo menos la solución del problema catalán y la participación del célebre artículo 155. Vamos a tener que creer lo que algunos dicen de que lo que realmente hay es un problema español. Los dirigentes de los partidos políticos de «nivel nacional» están resultando unos cantamañanas, pues se preocupan de sus rencillas y de sus mezquinos intereses particulares en lugar de tener visión de gobierno y ver las necesidades del país para acometerlas todos juntos a fin de solucionarlas. En esto de Cataluña deben facilitar al gobierno el camino para que éste tome las medidas adecuadas para que, cuanto antes, volver a una situación normal, no como se encontraba antes de la declaración de república independiente de la que, salvo los revolucionarios de la calle y quien los mantiene, apenas se acuerda alguien, ni incluso los promotores y aprobadores, excepto el exiliado Puigdemont, aunque también vaya dando marcha atrás con sugerencias novedosas que le califican como ser extraño e incoherente. ¿Realmente son unos cínicos (dicho de una persona que actúa con falsedad o desvergüenza descaradas. RAE) o unos idiotas (tonto o corto de entendimiento. RAE).

Decimos volver a una situación normal en la que Cataluña sea y funcione como una comunidad autónoma más, pues hay que restituir en general la igualdad de todos los españoles, y por ende de los organismos correspondientes. Desorientación en la que contribuye el propio gobierno ya que anda pacato en sus decisiones, no termina de aclarar qué es lo que quiere hacer por Cataluña, qué tipo de artículo 155 desea aplicar para enmendar los desatinos, cómo desea empezar el funcionamiento tras el 21D, etc. Con esa aparente falta de seguridad resulta complicado trabajar en un sentido práctico para esa normalización. En cuyo desconcierto contribuye muy fervorosamente el PSOE, pues su secretario general va y viene continuamente desde una postura a otra, desde un planteamiento al distinto, y no decimos desde una idea a otra porque pensamos que es parco de ellas. Estos son momentos de actuar en política de verdad, dejando los chalaneos para otro tiempo, las querencias particulares para cuando estén calmadas las aguas, y dedicarse a investigar sobre cuál es el cambio que desean realizar en España para un progreso inimaginable del país, etc.

En este número:

Cínicos o idiotas, Emilio Álvarez Frías

Carta desde Bruselas, Bélgica, el 9.11.2017, Carlos

Puigdemont et al

Del Duque de Alba a Rajoy, pasando por Franco, Jesús Laínz

La vergonzante rectificación del independentismo, Casimiro

García Abadillo

El corazón de las tinieblas, Sertorio

Lo que nos extraña es que a las elecciones del 21D se puedan presentar todos los individuos que quieran, estén presos o campen por la calle, sin que ninguno haya sido privado durante un tiempo de la posibilidad de ejercer determinados cargos y por ende presentarse a la elección para ellos. Lógicamente deberían haber sido inhabilitados ipso facto, sin esperar un minuto. Pero no, por el contrario, andan coqueteando para matrimoniarse con otros grupos, rompiendo amores pasados, intentando los emergentes introducirse por aquí o por allá, hacer cama común todos los que tienen inoculado el mismo virus, incluso con el intento con la colaboración del lumbreras del exilio para dirigir la kermesse, como figura destacada del elenco.

Cabe pensar, casi sin temor a errar, que lo que salga de las elecciones no va a servir para la buena gobernanza de Cataluña en el sentido deseado de que se integre de nuevo como una comunidad más, sin la excepción de la equívoca consideración de histórica.

Evidentemente, no está nada claro. No se ve el panorama suficientemente nítido como para tirar cohetes. Recemos para que nos equivoquemos.



Carta desde Bruselas, Bélgica, el 9.11.2017

Carles Puigdemont, Toni Comín, Meritxell Serret, Clara Ponsafí, Lluís Puig

Traducido por Francisco Caballero para *Desde la Puerta del Sol*

Estimados conciudadanos,

Estamos afrontando una situación impensable en un entorno democrático. Una parte del gobierno legítimo de Cataluña, con su vicepresidente y siete consejeros, está en la cárcel, y otra parte, el presidente y cuatro consejeros, en el exilio; el Parlamento ha sido cerrado antes de tiempo y buena parte de los miembros de la mesa viven con la amenaza también de ser encarcelados. Y todo ello como consecuencia de haber sido leales con la confianza que nos otorgó la mayoría de los ciudadanos. Hablamos de una situación que es claramente contraria al estado de derecho y al ordenamiento de la Unión Europea, y que aleja aún más al Estado español del grupo de países referentes de buenas prácticas democráticas. Para decirlo suavemente, el Estado se ha situado muy en la periferia del bloque democrático central europeo.

Siempre hemos defendido que la vía democrática es la única que nos permite vehicular la legítima aspiración de la independencia de Cataluña, y es justamente por eso que el Estado ha considerado que la única manera de frenarla es frenando la democracia activando una estrategia desesperada y extrema ante la firmeza democrática de las instituciones y la ciudadanía de Cataluña. Muerta la democracia, muerta la independencia, he aquí su esperpéntica estrategia.

Los hechos de las últimas semanas confirman que el Estado español no ha entendido cómo funciona el mundo en el siglo XXI. Privar de libertad a los miembros del gobierno de Cataluña y disolver el Parlamento de Cataluña a golpe de decreto y, por tanto, hurtar a los catalanes su soberanía, ha sido la única respuesta que ha sido capaz de articular ante las reiteradas ofertas de diálogo reclamadas insistentemente por las instituciones catalanas. Es un grave error pensar que la represión es el camino para que una buena parte de los catalanes abandonen sus legítimas aspiraciones. Podrán imponerse físicamente sobre nosotros, pero nunca podrán derrotar nuestros marcos mentales. Podrán asfixiarnos económicamente, pero no podrán frenar la potencia de un país europeo, emprendedor y con una gran capacidad de generar talento y prosperidad. Podrán humillarnos y asediarnos, a nosotros y a nuestras familias, con el apoyo del perverso sistema mediático español, que ha impuesto un



Los firmantes desde el exilio

relato de odio y de mentira permanente sobre las instituciones políticas y las entidades soberanistas y ciudadanas, pero no podrán derribar nunca nuestras aspiraciones democráticas.

Somos completamente conscientes de las incertidumbres y los temores que han sobrevolado estos días sobre todos vosotros y entendemos la desorientación causada por nuestra falta de respuestas rápidas ante los ataques desmesurados contra los representantes y las instituciones legítimas catalanas, pero os aseguramos que seguimos fuertes y en pie y que ni a vosotros ni a nosotros no nos podrán robar ni una brizna de la dignidad con la que afrontamos estas horas difíciles de nuestras vidas y de la vida de nuestro país.

Ante el complejo escenario, el gobierno legítimo de Cataluña tiene una doble obligación que cumpliremos a pesar de las circunstancias. La primera, mantener la legitimidad de la libre elección que ya expresasteis en las urnas el 27 de septiembre de 2015. Lo diremos tantas veces como haga falta en todo el mundo: somos un gobierno legítimo y tenemos un Parlamento legítimo. Desde Bruselas, con el apoyo de una estructura estable que ponemos en marcha hoy para coordinar las acciones del gobierno, vamos a exigir este compromiso cada día y en cada ocasión a la comunidad internacional, denunciando la politización de la justicia española, su falta de imparcialidad, su voluntad de perseguir las ideas y reafirmando la firme apuesta del pueblo catalán por el derecho a la autodeterminación, por el diálogo y por una solución acordada. El tiempo que pasaremos entre rejas españolas o en el exilio no será en vano si vamos unidos más que nunca en la defensa de Cataluña y en la denuncia de la decadencia democrática del Estado español así como de los abusos de una Unión Europea que ha tolerado, e incluso amparado de manera vergonzosa, las actuaciones represivas españolas. Nuestro compromiso con los valores de Europa es más fuerte que nunca, porque todos nos necesitamos, porque queremos fortalecer una Europa de ciudadanos que tengan capacidad de vencer los miedos y las amenazas.

La segunda obligación, y esta os implica a todos vosotros, es sobreponernos y sostener la democracia, ahora amenazada por la coalición que ejecutó el 155, en connivencia con la violencia jurídica, policial y de la extrema derecha. Os pedimos la combinación eficaz de coraje, de firmeza, de indignación, de rechazo, al tiempo de paz y respeto, como mejor actitud para ganar el combate que nos plantea un estado enloquecido y descontrolado. No nos dejemos arrastrar por la pulsión violenta que impera en buena parte del sistema político español, porque es el único ámbito en el

que seguro que vamos a perder. Recuérdese que cuando hemos planteado embates democráticos, los hemos ganado todos. Siempre. El último, el 1 de octubre, en unas condiciones extremadamente difíciles, en medio de una indecente ofensiva de violencia ordenada por el Estado.



El gobierno de Puigdemont en el exilio

La hoja de ruta para los próximos días y semanas es clara y nítida: primero de todo, defender la democracia. Desgraciadamente lo tenemos que volver a hacer, como ya ha sucedido en otros momentos de nuestra historia, cuando nos han visitado los del clan del 155 en forma de Primo de Rivera, general Franco o Felipe V. Toca resistir, perseverar y continuar defendiendo nuestra lengua, nuestra cultura y nuestra historia, que es una historia de éxito construida con la diversidad, la capacidad de acogida de otros pueblos de España y del mundo y, sobre todo, construida con muchas esperanzas de futuro. Hay que ahuyentar democráticamente de nuestras instituciones a

quienes se las han querido hacer suyas con un golpe de estado. Hay que dar respuesta a los que quieren desmenuzar el autogobierno que nos había quedado tras la sentencia del Estatuto y de la retahíla de leyes, decretos y medidas siempre tendentes a la recentralización más o menos encubierta, pero efectiva en la práctica. Y defenderemos la democracia votante, como lo hemos querido hacer siempre. Queríamos votar y queremos votar. Ciertamente quisiéramos hacerlo como ya han hecho en Escocia y como harán otros países en el futuro. Queríamos y queremos

resolver las aspiraciones ciudadanas a través de las urnas y por ello asumir las elecciones que nos plantea el Estado español el día 21 como un reto para recuperar la plena democracia sin presos, sin venganzas, sin imposiciones, sin furia y llena de futuro, de diálogo y del acuerdo.

El otro elemento central de la hoja de ruta es exigir y conseguir la liberación de los presos políticos que tiene secuestrados España, el vicepresidente, los siete consejeros y los presidentes de Òmnium Cultural y la Asamblea Nacional Catalana, Jordi Cuixart y Jordi Sánchez. No podemos desfallecer, no podemos quedarnos inmóviles ante el sufrimiento de sus hijos, de sus parejas, de sus familias, de sus amigos y de su gente, que somos todos nosotros. Es la hora de ser más perseverantes que nunca. Diez personas y sus familias representan, a estas alturas, su dignidad individual y colectiva. Por ellos y por otras personas que podemos seguir el camino de la prisión, hemos de denunciar cada día su situación y que el próximo sábado seamos cientos de miles a la Fiesta Nacional por la Libertad que se ha convocado en Barcelona. Y eso sólo depende de nosotros, de vosotros, de nuestra fortaleza, de nuestras convicciones.

Sólo desde la ciudadanía, desde el compromiso democrático, desde la respuesta de base, organizada, democrática, pacífica pero radicalmente insobornable, podremos recuperar el control de nuestra vida colectiva y construir juntos, de manera democrática, dialogada, una República que nos hemos ganado en las urnas y que habrá que levantar, dándole sentido y contenido, también desde las urnas. Este será el reto de las instituciones, de las entidades civiles, de las empresas y de todos vosotros en los próximos tiempos. Recuperamos la libertad este sábado en la gran manifestación en Barcelona y en el reto electoral que el Estado nos impone el día 21. Y al día siguiente continuamos caminando todos juntos, en libertad.

Del Duque de Alba a Rajoy, pasando por Franco

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Quando hace unos quince años en una ciudad de la Lombardía más septentrional y fabril, a un par de kilómetros de la frontera suiza. Vivero de votantes de la Lega Nord –ésta de la que los romanos dicen que «La Lega ci fa una sega»– en los tiempos heroicos de Umberto Bossi.

–Una de las cosas que más me sorprenden de Italia son las enormes diferencias entre sus regiones. No parecen estar en el mismo país. Ni siquiera en el mismo continente. Supongo que, visto desde el orden milanés, será difícil comprender y admitir el caos napolitano –dijo el amable inglés pretendiendo halagar a sus anfitriones lombardos–. ¿A qué se deberá?

–Bueno –disparó el militante liguista con la mejor de sus sonrisas y la peor de sus intenciones–, hay que tener en cuenta que Nápoles perteneció a España...

–Efectivamente. Como Lombardía –zanjó el españolito que suscribe.

Si estas palabras pueden oírse en la muy católica Italia, no será difícil imaginar las que circulan a orillas del Mar del Norte desde aquellos lejanos tiempos en los que las hollaron los tercios del Duque de Alba, el coco de los niños holandeses. Porque entre los protestantes (o exprotestantes, tanto monta) sigue muy vivo el complejo de superioridad sobre los católicos, intrínsecamente atrasados e inevitablemente autoritarios.

No es necesario haber leído a Orwell para darse cuenta de que el pasado provoca efectos muy serios en el presente. Ahí tienen al alcalde de Amberes, Bart de Wever, dando la bienvenida al honorable fugado subiendo a las redes sociales un grabado de su ciudad asolada por la «furia española» en 1576. La misma furia española que, al parecer, ha vuelto a desencadenarse en 2017, esta vez contra los virtuosos, pacíficos y democráticos gobernantes catalanes por la minucia



Victoria de los Tercios de Flandes en Amberes

de haber construido un régimen totalitario, dado un golpe de Estado y provocado tal tensión que todavía está por ver si no acaba corriendo la sangre. ¡Lástima que quien había gobernado los Países Bajos durante los últimos tres años, sometiendo repetidamente a los rebeldes –como en la aplastante victoria de Mook– y falleciendo pocos meses antes del citado saqueo de 1576, no fuese el castellano Duque de Alba, sino el catalán Luis de Requesens!

¡Larga tradición, por cierto, la de los grabados flamencos con propósitos políticos! Muy influyente fue Théodore de Bry, creador en 1597 de las abracadabrantas ilustraciones de españoles cocinando indios que acompañaron durante varios siglos las reediciones de la Brevísima de Las Casas aparecidas en Holanda, Francia, Inglaterra o los Estados Unidos cada vez que convenía justificar alguna acción contra España: la propia guerra de Flandes, la conquista inglesa de Jamaica, la guerra franco-española de 1640, las emancipaciones americanas de principios del XIX o la guerra de Cuba. Pues, aparte de que los dibujitos soportan cualquier disparate, con ellos se ahorra uno argumentar y consigue influir hasta en el más obtuso de los entendimientos. ¿Qué sucedería si algún día a algún gobernante español, como argumento político contra Bélgica, se le ocurriese distribuir por ahí, no ya dibujitos fantasiosos del siglo XVI, sino fotografías del genocidio congoleño a manos de los belgas en el siglo XX?

Pero los pecados de España no concluyeron con Felipe II, naturalmente, ya que en el siglo XX rebrotó su incurable autoritarismo personificado nada más y nada menos que en el vencedor de aquella guerra civil que enfrentó a la democracia contra el fascismo: Francisco Franco. Ese Franco cuya influencia de ultratumba en Mariano Rajoy ha recordado hace unos días el ex primer ministro socialista belga Elio Di Rupo. Y, claro, si España es eternamente igual a Franco, y Franco es igual a fascismo y fascismo es igual a mal absoluto, España es igual a mal absoluto. Y, por consiguiente, los separatistas representan el bien. Así se razona allende nuestras fronteras. Purita lógica.



Nuestro miope Gobierno no tiene derecho alguno a quejarse, dada su responsabilidad tanto en el atronador silencio sobre la ideología y hechos de nuestros mimados separatistas como en la perpetuación del mito antifranquista incesantemente agitado por dichos separatistas y por la izquierda en lógica defensa de sus intereses. Los actuales gobernantes del Partido Popular, al igual que los presididos por el igualmente inútil Aznar, habrían tenido bastante fácil deslegitimar la pueril historieta de buenos y malos, tabú intocable de la España postransicional. E incluso

habrían podido recordar que, con todos sus defectos, las fuerzas que se alzaron el 18 de julio de 1936 lo hicieron contra el bolchevismo, «la aberración política más grande que han conocido los siglos», contra la que se habían batido los alistados en «la gran cruzada anti-Komintern», según palabras del muy autorizado socialista Julián Besteiro.

Pero como esto habría sido inimaginable para nuestra mojigata derecha, habría bastado con que hubiera sido coherente con el borrón y cuenta nueva que se supone que se pactó en la Transición y hubiera exigido mantener la historia al margen del debate político. Sin embargo, tampoco eso ha sido posible, debido a tres factores: el insaciable afán de venganza de izquierdistas y separatistas por su derrota de 1939, el analfabetismo de unos derechistas incapaces de entablar un debate ideológico serio y, finalmente, un detalle que no suele mencionarse: el plebeyo resentimiento del rey Juan Carlos hacia quien toreó a su padre cuanto quiso y acabó regalándole la corona cuando quiso.

Aunque nuestros vacuos gobernantes sean incapaces de comprenderlo, las ideas –y la ausencia de ellas– tienen consecuencias. Lo estamos viendo hoy con toda claridad allende nuestras fronteras.

La vergonzante rectificación del independentismo

Casimiro García-Abadillo *(El Independiente)*

El movimiento independentista sólo ha demostrado eficiencia en la convocatoria de manifestaciones y en el uso de dinero público y de las instituciones para recabar apoyo social a sus tesis.

Sus líderes han provocado una profunda fractura social, han hecho un daño incalculable a la economía y han pisoteado la imagen de España para lograr un objetivo que ahora reconocen que estaba fuera de su alcance ¿Se puede actuar de forma más irresponsable?

Pero ni siquiera en la rectificación tienen un mínimo rasgo de honestidad. Cuando el portavoz de ERC, Sergi Sabriá, reconoce que «el Govern no estaba preparado para la independencia» no está aceptando que la Hacienda catalana no estaba lista para cobrar los impuestos, o que no se tuviera previsto cómo pagar el desempleo o las pensiones, o que tampoco tuvieran previsto que nadie en Europa reconocería la república catalana, sino que echa mano de la «represión y la violencia del Estado» para justificar la improvisación de la que ha hecho gala la Generalitat desde las elecciones de 2015.



Arturo Mas, el que empezó a complicar la política catalana, y que ahora se lava las manos: «No estábamos preparados»

¿Eso qué significa? ¿Qué nos quieren decir los dirigentes de ERC? ¿Que si el gobierno no hubiera puesto en marcha el artículo 155, que si los jueces y fiscales no hubieran hecho su trabajo, que si las fuerzas de seguridad hubieran permanecido inertes en su cuarteles, Cataluña podría haber puesto en marcha su república independiente?

En el fondo, esa declaración es una forma implícita de reconocer

que el golpe no estaba destinado a cumplir la finalidad de crear un nuevo Estado, sino a forzar al Estado, o sea, al gobierno de España, a negociar desde una posición de sumisión.

La rectificación falaz de ERC es coherente con la posición de Carme Forcadell de aceptar ante el Supremo el 155 y el carácter «simbólico» de la declaración de independencia. También la ex presidenta del Parlament podría argumentar: «Yo facilité la declaración de independencia, pero, ante la actitud represiva del Estado, tuve que aceptar los límites que marca la Constitución».

De repente, es como si todos se hubieran despertado de un épico sueño. En esa línea de desvergüenza hay que situar también las arremetidas de la alcaldesa de Barcelona contra las «mentiras» del Govern. Como le ha reprochado Josep Borrell: «¿Cuando descubrió Colau que el ex president había engañado a la gente?».

En el relato de las imposturas queda ahora saber qué hará precisamente el ex president. Carles Puigdemont ya ha dicho que se presentará a los comicios del 21-D como cabeza de lista de una nueva coalición, Junts per Catalunya, que albergará en su seno al PDeCAT –como partido zombi– para no perder ni subvenciones ni espacios electorales en los medios públicos.

Hasta hace unas horas, Puigdemont se presentaba a sí mismo como «presidente legítimo de Cataluña». Ahora competirá en las elecciones con ERC y la CUP, partidos que le auparon a ese puesto, pero que han sido los primeros en arrebatárselo, sin decirlo, esa legitimidad.

Puigdemont debería responder a algunas simples preguntas:

1ª ¿Reclamará Oriol Junqueras su puesto como president si ERC logra, como parece, alzarse con la victoria el 21-D?

2ª Si sale elegido como diputado, ¿planteará en el Parlament la vigencia de las leyes de Referéndum y Transitoriedad, declaradas nulas por el Constitucional?

3ª ¿Les exigirá a sus ex consellers que no sigan la vía Forcadell para eludir la prisión si su caso, finalmente, recalca en el Supremo?

No le pidamos peras al olmo. Ya Puigdemont ha comenzado a virar con una entrevista en *Le Soir* en la que apunta que «otra solución que no sea la independencia es posible».

En plena precampaña no es descartable que el ex president abandone su refugio en Bélgica y se presente en España para comparecer ante la Justicia. Por supuesto, a sabiendas de que ingresaría en prisión. Sabe que, si quiere ganar votos, no le vendría mal disfrazarse de «preso político». En todo caso, sería por poco tiempo. Siempre podrá optar por la vía Forcadell. Todo es posible en la política catalana. Si los independentistas no han machacado ya a Forcadell, llamándola «traidora», después de su aceptación de la legalidad española, es porque su camino podría ser transitado por todos los ex consellers. Siempre podrían alegar que es para «recuperar las instituciones». El fin justifica los medios.

Desnudo del oropel que da el poder, el independentismo ha devenido en un movimiento liderado por oportunistas y aventureros. Hasta para ser rebelde hace falta algo de grandeza, virtud de la que carecen todos los que han llevado a la Generalitat al más bochornoso de los ridículos.

El corazón de las tinieblas

Sertorio (*El Manifiesto*)

Una de las cosas más divertidas de la farsa catalana es la facilidad con la que nuestros «socios» europeos, en especial belgas y anglosajones, sacan a relucir sus prejuicios antiespañoles. Aquí nos quejamos de las mentiras de la memoria histórica, pero eso no es nada si se compara con el vigor con el que resurge la leyenda negra entre las brumas de Dover y Ostende cada vez que por estos andurriales nuestros pasa algo sonado.

Cualquiera que haya visitado Bélgica se da cuenta de que esa nación? es como es –o sea, católica– gracias a España, quien en el siglo XVI empleó a sus tercios para impedir el triunfo de los calvinistas de Guillermo de Orange. Sin la Unión de Arras, el pacto de la nobleza del país con Felipe II en 1578, no habría una Bélgica católica y hoy esa tierra sería la parte más fea y gris del Reino de los Países Bajos, para desgracia de los simpáticos holandeses, quienes carecen de los oscuros complejos de inferioridad de sus primos del sur. ¡Y vaya si se nota! Quizás sea porque los holandeses construyeron un imperio marítimo y forjaron una sólida cultura burguesa de la que surgió el capitalismo y toda la tradición liberal –recordemos que Locke escribió su obra política en Amsterdam y que la Glorious Revolution inglesa de 1688 la ejecutó el estatúder Guillermo III de Orange–. Es decir, los holandeses están en el origen del mundo

moderno y son bien conscientes de ello. Tampoco son tan progres como parece (Amsterdam no es toda Holanda). Mientras los neerlandeses vivían su «Gouden Eeuw» (Siglo de Oro), los futuros belgas rumiaban su dispépsica pequeñez burguesa bajo los Habsburgo de Viena y Madrid, protegidos por extraños y dedicados a sus menesteres particulares. Su historia, como se ve, carece de la grandeza épica de sus vecinos franceses, alemanes, británicos y holandeses; son sólo una minúscula región de gente insignificante. Hagamos, sin embargo, una excepción con Magritte, Brel, Ensor, Hergé, Simenon y el excelente Pol Vandromme: lo valiente tampoco quita lo cortés.



Bélgica, año 1958. Uno de los zoos humanos en donde se exhibía a niños congolese a quienes el público daba de comer

En Bélgica, el catolicismo es su seña de identidad esencial y la razón de su injusta independencia de Holanda. No busque el lector otras, pues las demás están tan fracturadas como las comunidades lingüísticas de ese Estado-tapón, creado por los ingleses para evitar que Amberes y Ostende cayeran en manos francesas. Y, bueno... eso de la religión habría que verlo; no sé yo si el islam será hoy en día la más practicada. De todas formas, cuando uno visita la malajada capital de Europa, la sede de la siniestra Comisión Europea, no podemos sino asombrarnos de que un Estado tal, en el que flamencos y valones no se pueden ni ver, se atreva a darnos lecciones a nosotros sobre cómo solucionar las crisis separatistas. Si el ejemplo a seguir es Bélgica, más vale que nos hagamos todos jacobinos, centralistas y autoritarios. España no anda muy bien, pero



El parlamento de Bélgica despenaliza la eutanasia infantil

Bélgica es el hombre enfermo de la Unión Europea. Aquí, por lo menos, se ha demostrado el poder de nuestra conciencia nacional y hemos obligado, además, a nuestros ruines representantes políticos a actuar con un mínimo de rigor ante los despropósitos de la comedia bufa del parlamento catalán y sus urnas de juguete, más trucadas que los cubos de un trilero.

Bélgica no nos quiere dar lecciones de democracia: sencillamente aprovecha la situación para compensar con grandes dosis de resentimiento antiespañol sus inconfesables corruptelas, su federalismo de frenopático, el

aquejarre islamista de Molenbeek y su impotencia como pueblo, bien distinta del vigor con el que los españoles hemos defendido a nuestra patria frente a los separatistas. Para aliviar su inferioridad y su flojera de remos, nada mejor que poner a desfilar al gran Duque de Alba, reinstaurar el Tribunal de los Tumultos y agitar la momia de Franco, el muerto más vivo de nuestra Historia. Allá ellos con sus traumas y que con su pan se coman esta nueva kermesse heroica con sus huéspedes catalanes: que se queden con Puigdemont y, si quieren, les regalamos con un lacito de encaje de Malinas a Junqueras, Iglesias, Iceta y Rajoy. Estamos de oferta. Pero que no nos cuenten milongas humanitarias los descendientes de aquellos pulcros burgueses que financiaron la esclavización de los congoleños y que, más tarde, sembraron las semillas del genocidio de los Grandes Lagos. Lean a Conrad, hay ediciones de sobra de *El corazón de las tinieblas*: eso sí que es leyenda negra.

Las lecciones de moral y de democracia que se las guarden para ellos, que bastante tienen con no acabar siendo una república islámica. España no seguirá jamás ese camino: para eso venció en la Reconquista y derrotó al Turco en Lepanto... sí, con Felipe II, con Juan de Austria y con Cervantes.